



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

PEDRO MATA

La operación.

FÉLIX RECIO

... Con amor se paga.

GABRIEL ENCISO

Una mano aristocrática.

CLEMENTE DE CASTRO

El vino y el arrepentimiento.

JESÚS BENAVENTE

El traidor de sí mismo.

JACINTO CARMÍN

Enfermos de amor.

FERNANDO AMADO

Consolar al triste.

DAMIÁN BUENDÍA

Carta abierta.

LUIS DE FOSSA

«La parienta» de Brazofuerte.

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO

Caricaturas varias y retrato de Nieves Suárez.



NIEVES SUÁREZ

Cómo lleva la mantilla una actriz bonita...

5 cénts.



LAS EPÍSTOLAS DE AMOR

DIRÍJANSE AL DIRECTOR

Hay señoras
indiscretas
que me dicen,
en tarjetas
(¡ay!) postales
ó en cartitas
perfumadas,
un "sin fin,"
de *cositas*
delicadas;
y aunque debo
no ofenderlas,
hoy me atrevo
á responderlas
que ¡á mí, plin!

×

Hay algunas
importunas
que me llaman
serafín,
querubín,
y monín
y riquín;
y, aunque yo
me lo merezco
tal vez, no
se lo agradezco;
que ¡á mí, plin!

×

Otras muchas
—¡ay, lector!—
que son duchas
en las artes
del amor,
quieren ir
á todas partes
con un pobre
servidor,
á quien juzgan
un pillín

de esos de
marca mayor,
y me juran
y perjuran
que hasta el fin
seguirán;
y no saben,
¡voto á san!,
que ¡á mí, plin!

×

Otras cuantas
(¡ay! son tantas,
¡vive Dios!,
las que vienen
de mí en pos)
dicen que,
si me voy
á Pekín,
ellas se
morirán
de dolor,
sí, señor,
ó vendrán
al vapor
en que vaya
servidor,
en su viaje
de placer,
sin saber:
que ¡á mí, plin!

×

Como sé
que amor es ciego,
yo les ruego
que no me
digan cosas
que son pe-
caminosas;
y que, en fin,
si algún día
se deciden
á hacer una
tontería,
nunca olviden
que ¡á mí, plin!

Carlos Miranda

LA OPERACION

JOAQUÍN Ruiz se casó á los cincuenta y seis años, edad admirable para ser ministro, senador vitalicio, teniente general ó magistrado del Supremo; para todo menos para casarse. Claro es que, siendo, como era Joaquín, hombre de mundo, no cometió la ligereza, que hubiera sido en él imperdonable, de casarse con una chiquilla de dieciocho años, no; para unirse al santo yugo, Joaquín eligió por compañera á una señora seria y respetable, una dama que frisaba ya con los cuarenta; pero tan opulenta, tan fresca, tan oronda, tan llena de salud y de vida, que acaso hubiera sido preferible las dieciocho primaveras. Un amigo leal tuvo la caridad de advertírselo:

—Me parece, Joaquín, que haces un disparate. Esa señora es *demasiado* señora para tí.

Mas, ¿quién detiene á un hombre en la pendiente del casorio? Mientras sube la cuesta del noviazgo cabe sujetarse, detenerse, desviarse del camino; pero una vez ya en la pendiente, no hay más que cruzarse de brazos, abandonarse á su impulso, dejarse resbalar y caiga como caiga.

Joaquín se casó. La boda fué solemnísima y fastuosa. Todos los periódicos de Madrid encabezaron aquel día la aristocrática sección "De sociedad," con columna y media de prosa almidarada, que comenzaba con la descripción de la ceremonia, seguía con la lista de regalos y terminaba con la afirmación de que los nuevos esposos habían salido para el extranjero.

En efecto; habían salido para París y Londres; un viaje de un par de meses, según dijeron á sus íntimos. Júzguese, pues, la sorpresa de todo el mundo cuando á los ocho días los vieron regresar.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Qué ha ocurrido?

—No, nada. El viaje que no nos ha sentado bien..., sobre todo á María Victoria. La agitación, el movimiento, el cambio de aguas...

Algunos maliciosos sonrieron.

—Vaya, que sea enhorabuena.

No había tal cosa. No era esa la verdad; la verdad se la contó él á su médico.

—Mi querido doctor, necesito hablar con usted largo y tendido. Se trata de una cosa muy desagradable. Yo me he casado verdaderamente enamorado de mi mujer.

—Se lo merece.

—No lo sabe usted bien. Sepa usted, mi querido doctor, que mi mujer, además de todas las estupendas cualidades morales y físicas que todo el mundo puede desde luego ver y adivinar, tiene otra más admirable aún que no conoce nadie más que yo. Mi mujer no es lo que parece. Me explicaré.



—¡Pero, hombre! Casarte sin tener un jornal decente. ¿Y qué vas á hacer con tu mujer?

—¡Toma, lo que tósl!

Quiero decir que mi mujer, aunque legalmente es viuda, en realidad es tan niña como su hija de usted, que tiene cuatro años. El matrimonio para ella no fué más que un contrato. Esto le parecerá á usted un poco raro, pero es así; yo le doy á usted mi palabra de honor de que es así. El marido de mi mujer, el primero, naturalmente, era un hombre joven, pero enfermo, gastado, perdido... una calamidad. Esta es la parte agradable del asunto. Pero ahora viene lo desagradable.

María Victoria continúa siendo tan niña como antes. Hasta ahora yo estoy quedando al mismo nivel de su primer marido. Al principio yo lo atribuí á la incomodidad del tren, á la falta de tranquilidad de los hoteles, á la vida ajetreada y anormal que llevábamos. Por eso la propuse regresar á Madrid. Y hace tres días que estamos en Madrid



Una.—Oye, man dicho que te has echao un amante... se me hace mucho.

La otra.—Pues á mí se me hace poco.

y... nada. Y esta es la situación. ¡Figúrese usted qué situación!

—Mi querido señor Ruiz, esto es un poco grave. Va usted á tener necesidad de ponerse en cura.

—No, pero si yo estoy bueno. Si yo me siento perfectamente bien. Es ella... ella en la que encuentro unas resistencias inesperadas.

—¡Ah!, vamos... sí, sí... puede ser. Hay algo, en efecto... En fin, más vale así. Esto tiene un remedio más sencillo. Todo se reduce á una insignificante operación.

—Eso mismo he pensado yo. Por eso he venido á verle. Ella tiene en usted una gran

confianza. Ya sabe lo que son las mujeres en estas cosas... La virtud, la vergüenza, el pudor...

—Nada, tranquilícese usted. Haremos esa pequeña operación. ¿Cuándo quiere usted que la hagamos?

—Esta misma tarde, doctor.

—¡Caramba, qué prisa!

—¡Figúrese usted!

—Como usted quiera. Yo estoy siempre á sus órdenes. Váyase á casa á prepararla. Dentro de media hora estoy yo allí. Es cosa de un momento.

En efecto; fué cosa de un momento; diez minutos apenas. Joaquín, por discreción, no quiso entrar. El doctor, al salir, parecía un poco desconcertado.

Joaquín, sin advertirlo, le tendió las manos.

—Bien, ¿eh?

—Muy bien.

—Muchas gracias.

—Siempre á sus órdenes.

Le acompañó hasta la puerta y después se dirigió á ver su esposa. María Victoria estaba acostada. Al ver á su marido, dió un suspiro y le miró apasionada y sonriente. El se inclinó sobre ella para besarla, pero en aquel momento silbó furioso el timbre de la puerta y entró de nuevo el médico.

—Perdonen ustedes..., un momento..., me he dejado olvidado un aparato.

—¿Un aparato?

—Sí, un aparato... un instrumento, el que he utilizado para realizar la operación... me le debo haber dejado.

María Victoria protestó:

—Me parece que no.

—Sin embargo... yo juraría... ¿Me permite usted?

Arremangóse el puño, metió nuevamente la mano entre las sábanas y sacó un objeto de metal reluciente, del diámetro aproximado de una botella chica de cerveza.

—Ve usted, señora...

Ella se volvió toda encarnada.

—Ay... usted perdone... No me había enterado.

Pedro Mata.

LEA USTED EL JUEVES

EL NAUFRAGO

Noveja por FELIPE TRIGO

20 CÉNTIMOS

...CON AMOR SE PAGA

LA vida está llena de sucedidos, y entre todos ellos, los más interesantes son los que no se escriben y sólo conocemos los que navegamos en el "proceloso mar de la aventura".

Para no ir más lejos, el lunes de esta semana me he enterado yo de una ocurrencia que, si no es nueva ni mucho menos, merece, sin embargo, referirse...

Apoyada ligeramente en una silla, cubiertas sus espiéndidas formas por un peinador de tela casi inconspícuo, que dejaba adivinar las magnificencias de su arrogante pecho, amén de otras redondeces no menos arrogantes, y sonriendo de una manera entre lasciva y humilde, lo que le servía para lucir al través del rubí de sus labios la blancura nacarada de unos dientes incomparables, la dulce Elena esperaba en silencio á que su visitante tomase la palabra.

—Ruego á usted que me dispense—rompió, al fin, el pobre hombre, con un balbuceo completamente cómico.—La doncella me ha hecho pasar á esta habitación, y el caso es que podía haber esperado en la antesala...

—¡Oh! Lo mismo da. ¿Es que me encuentra usted vestida con cierta... economía? No se asuste. Dentro de casa me gusta la sencillez en todo... Ahora, si le molesta á usted esta despreocupación, tenga la bondad de decírmelo.

—No, no, señora, no me molesta... Todo lo contrario.

—Entonces hablemos. ¿Cuál es el objeto de su visita?

El visitante bajó la cabeza y empezó á dar vueltas al sombrero entre sus manos temblorosas.

—Soy un dependiente del amo de la casa.

—¿Conque un dependiente de...?

Y al decir esto, presa de un acceso de loca

hilaridad, dejóse caer Elena sobre el respaldo de la silla, acentuando provocativamente la curva de su seno escultural.

—¿Y qué viene usted á hacer en mi casa? —preguntó serenándose.

—Pues... entregarle este recibo... Se trata de los alquileres que debe usted... Y antes de proceder judicialmente...



—Señá Ufrasia, ¡qué mata! Habrá usted tenido encima unos quince...

—Mujer, toos á la vez, no; pero sí que los he tenido.

—¡Ah! ¿Se trata de obligarme á pagar?...

—Creo que sí.

—Pues, hijo mío, ninguno de los propietarios en cuya casa viví anteriormente tuvo la desfachatez de hacer tal cosa.

Y tendiendo su bonita mano, añadió con una sonrisa irresistible:

—Bueno, deme usted ese papel. Tengo curiosidad por conocerlo.

El dependiente vaciló

—¿No puede dármele? Entonces, acérqueló siquiera y lo leeré en sus propias manos.

El dependiente acercóse temblando y Ele-

na se dejó caer sobre su hombro derecho, acariciándole la cara con sus dorados rizos y envolviéndole en una peligrosa atmósfera. El pobre hombre se puso encarnado, abrió los ojos con un gesto suplicante y entregó el papel que bailaba en sus dedos como una hoja seca.

Elena dejó escurrir un poco su cabeza



El padre.—¡Indecente! ¿Es esta la educación que te he dado? ¿Cuándo me has visto hacer eso con las criadas?

El hijo.—Papá, yo no soy tan atrevido.

hasta colocarla sobre el pecho del infeliz dependiente y le dijo con dulce voz:

—Vamos, hombre, cálmese usted. Después de todo, la cosa no tiene importancia.

—Es que...—murmuró [él],—es que estoy muy emocionado... La hermosura de usted... Nunca vi una mujer tan linda. Los labios sobre todo...

—Aquí están mis labios.

Y se levantó con una deliciosa naturalidad.

El sombrero del misero galán rodó por

tierra, el recibo de los alquileres desapareció sin dejar la menor huella de su paso por este pícaro mundo...

✂

Quando el caballero había recogido su sombrero, Elena acentuó su perenne y tentadora sonrisa, y le dijo:

—Puedes retirarte.

—¿Hasta cuándo?—preguntó el dependiente conteniéndola arrobado.

Elena le dirigió una nueva mirada llena de promesas enloquecedoras.

—Hasta el mes que viene; pero no se te olvide el recibo.

Félix Recto.



UNA MANO ARISTOCRÁTICA

Es tu mano blanca como el alabastro;
tersa, fina, suave como el terciopelo,
y sus venas tienen el azul de un astro
de esos que á la tarde brillan en el cielo.

Es tu mano digna de una dama egregia
por su aristocrático perfil delicado;
¡quién sabe si en esas redes que han formado
sus venas azules corre sangre regia!

Es tu mano breve
un copo de nieve
en el azul cálido de un lirio cuajado;
un copo de nieve de azul matizado.

De un febril y loco sueño en los excesos
hecha únicamente para darla besos;
hecha por sus bellos trazos ideales
para que la canten en los madrigales.

Por tu mano blanca sería un amante
tu esclavo constante.

¡Ah, si fueras franca
tú me contarías
esas tonterías

que han hecho los hombres por tu mano blanca!

Por tu mano blanca, delicada y breve,
tersa, aristocrática, de seda y de nieve,
y con ese hoyuelo que parece un nido,
has podido, niña, tener un marido,
has podido, niña, conquistar á un hombre
que te dé su sombra, que te dé su nombre,
pero ya no hay modos...

¡porque es esa mano la mano de todos!

Gabriel Enciso.

EL VINO Y EL ARREPENTIMIENTO

S un suceso ocurrido aquí, que parece un cuento raro, triste y sencillito como los cuentos germanos.

El viejo albañil Jacobo Ritvau casó hace cuatro ó cinco años con una lavandera bonita y joven. Ernestina, que era mujer hacendosa y muy limpia, se enfurecía cuando por las noches Jacobo volvía del trabajo dando traspies, repleto de vino como una cuba. Al principio, Ritvau se estimaba feliz y bien recompensado de sus afanes, emborrachándose los sábados; pero más tarde, según el vicio fué dominándole, comenzó á pedir dinero prestado y se embriagaba todos los días.

—¡Bah!— pensaría Jacobo levantando los hombros filosóficamente—; ¿quién dijo miedo?... Además, aunque ahora me regenerase, los lenguaraces y desolladores no habrían de perdonarme el vino que he bebido...

Pasó mucho tiempo. Despedido de todas partes, Jacobo Ritvau hubiera muerto de hambre si Ernestina, la valiente compañera de los días negros, no hubiera trabajado abnegadamente para los dos.

—Si no te corriges—gritaba la joven llorando— nos divorciamos; te quedarás solo; yo me volveré con mi madre...

Jamás, sin embargo, se atrevió á realizar sus amenazas; no podía; la faltaba el necesario coraje para cumplir resolución tamaña. Allá, en sus entrañas bondadosas, compadecía y amaba á Ritvau. Jacobo, comiendo lo que le daban y escuchando sin un gesto cólerico las reprensiones de su mujer, era como uno de esos viejos perros humildes que nacieron en nuestra casa y á los que nunca, por

molestos que sean, nos decidimos á echar á la calle.

Cuando el albañil regresaba al domicilio conyugal, entre una y dos de la madrugada, apestando á vinazo y haciendo eses, su mujer le insultaba desde la cama:

—¡Sinvergüenza, ladrón!... ¿Cómo vienes otra vez así?...



La señora.—No debía de volver á comprar nada en esta casa porque me mete usted mucha prisa en la factura.

El encargado.—Tenga en cuenta la señora que es porque antes el jefe me la ha metido á mí.

El balbuceaba arrepentido:

—Pero, Ernestina...

—¡Vete!... Eres un canalla... un miserable...

¡Vete, asqueroso; conmigo no te acuestas!...

Para Jacobo Ritvau aquellos insultos llegaron á ser una necesidad. Ernestina le insultaba porque era honrada, porque quería corregirle y regenerarle: hasta la obscura conciencia del albañil, los improprios de la joven llegaban dulces, acariciadores como una música. A propósito de esto, sus camaradas de taberna solían embromarle:

—Cuando menos lo esperes—decían—tu mujer te saca los ojos.

Jacobo Ritvau se alzaba de hombros. Ernestina era una compañera excelente: le reñía porque le amaba, porque no quería verle en la abyección, porque aún tenía esperanzas de salvarle. Bajo el chaparrón de



—¿Y tú crees que debutaré de tonadillera en el cine de ese amigo tuyo?

—Si quieres, mañana mismo, y hasta le haces un favor.

—¿Por qué?

—Pues porque traía de Barcelona una troupe de moros y de judías y se le ha estropeado la combinación.

—¿Han rescindido el contrato?

—No; que al llegar á Zaragoza se le han pegado las judías.

denuestos con que la joven le azotaba los oídos, Jacobo se dormía consolado y tranquilo, como el condenado á muerte que todavía acaricia la ilusión del indulto.

Hace dos meses, Ernestina murió...

Al principio, Jacobo pareció indiferente á su viudez; después comenzó á ponerse muy

triste... muy... triste... Sus amigachos, viéndole la pipa entre los dientes y los turbios ojos fijos en el suelo, le interrogaban:

—¿Qué tienes, Ritvau?

El albañil titubeaba la cabeza displicente.

—¡Psch!... Nada. Pocas ganas de hablar...

Le atormentaba verse solo, completamente aislado en medio de la multitud inmensa. Ya nadie le reñía, es cierto; pero no le reñían porque nadie le amaba, porque á nadie le preocupaba su salud. Cuando por las noches regresaba á su domicilio, el silencio de aquel hogar vacío desgarraba el alma de Jacobo.

¡Pobre Ernestina!... ¿Dónde fué el eco de su voz, de aquella voz siempre insultante y llena, sin embargo, para él, de maternal bondad?... Ritvau se desesperaba: muchas veces los resplandores del amanecer le hallaron sentado en la silla, llorando con la cara metida entre los puños.

Ayer el suicidio de Jacobo ha descubierto un detalle romántico, verdaderamente exquisito, del borracho impenitente. En estos últimos días el viejo albañil, no pudiendo resistir la pena de verse solo, había vendido la mitad de sus pobres muebles para comprar un fonógrafo, cuyos cilindros impresionó él mismo imitando la voz penetrante de Ernestina; aquellos cilindros vomitaban insultos...

Cuando por las noches Ritvau volvía de la calle, sus dedos, temblones, ponían en movimiento al fonógrafo colocado sobre el lecho, cerca de la almohada, bajo el embozo. El fonógrafo le gritaba:

—¡Pillo... bribonazo... borrachón!... ¡Conmigo no te acuestes!...

Jacobo musitaba, los ojos llenos de lágrimas:

—Tienes razón, mujer. Vaya, perdóname... Mañana seré bueno.

He aquí un suceso sentimental, que después de hacerle llorar, puede servir á mi amigo Salvador Rueda, tan propicio siempre á emocionarse, para escribir un drama de los que, según el travieso *Duende*, se dispone D. Benito á estrenar en el Español.

Clemente de Castro

Biarritz, 8 Septiembre.

LEA USTED EL JUEVES

EL NAUFRAGO

{por FELIPE TRIGO.

20 CÉNTIMOS

EL TRAIADOR DE SÍ MISMO

SE ha suicidado en Lisboa un excelente señor, cuya historia, llena de inconcebibles extravagancias trágicas, da ganas de reír. De él se referían estupendas aventuras. La *vox populi* presentaba á don Epifanio, que era gallego, como un corso terrible y vengativo, y "médico de su honra".

En estos últimos tiempos, don Epifanio G. presentaba rasgos inequívocos de locura. La causa de sus dolores y de su muerte es vieja de veinte años, pueril y perfectamente ridícula.

Por aquella época don Epifanio se dedicaba al comercio y gozaba en su barrio de grandes simpatías. Teresa, su mujer, también era muy estimada.

Un domingo, por la tarde, y ya entre dos luces, don Epifanio llegó á su casa; Teresa salió á abrirle. Él preguntó:

—¿No hay nadie?

—Nadie; la criada no ha vuelto aún.

Don Epifanio, que siempre andaba de buen humor, se arrojó entre los brazos de su mujer, exclamando:

—¡Cómo! ¿Su marido está ausente? ¡Ah, señora, qué feliz coincidencia!

Ella reía y le besaba, repitiendo:

—¡Loco... loco!...

—Él continuaba:

—Al fin puedo demostrarle mi amor una vez más. Ven, date prisa... antes de que nos sorprendan.

Durante esta escena de cómica pasión desarrollada en el recibimiento, la puerta de la escalera quedó entornada, y dos vecinas se habían detenido á escuchar...

Con aquello, la calumnia tuvo bastante para componer una novela de escándalo que no tardó en rodar por todo el barrio, arrancando maliciosas sonrisas.

—¿No conocéis la última noticia?—se preguntaban hombres y mujeres.—Pues ya la sabe todo el mundo. Teresa, la mujer de don Epifanio, que parecía tan buena, tan alma de Dios, tiene un amante...

—¡Un amante!

—Aunque parezca mentira.

Tales murmuraciones, propalándose rápi-



—Pues sí, don Ciriaco, refrescando.

—¿Pero en un vaso y una sola paja para las dos?

—Es que nosotras chupamos á medias.

damente de unos á otros, llegaron á oídos del pobre comerciante. ¿Cómo describir la vergüenza y las dudas que atormentarían aquel candoroso corazón?... Don Epifanio, disimulando las hieles de su dolor, espío á su mujer; mas tantas pesquisas, naturalmente, fueron vanas; Teresa no le engañaba; Teresa era buena y fiel, veinticuatro horas cada día. Entonces el esposo la confesó su cuita y lo que de ellos se murmuraba, y ambos lloraron mucho, llegando, al fin, á descubrir el verdadero origen de todo y convencerse de que don Epifanio era el causante único de tanto mal. ¿Pero cómo deshacer aquel error aposentado ya en tantos cerebros?... Sumidos en la ignominia que la supuesta liviandad de la esposa y la punible tolerancia

EN EL CAFÉ



El papá.—Eso que hace con el dedo se llama *vioratto*.

La niña.—¡Ay! Yo quiero hacer *viorattos*.

ó imbecil ceguera del marido provocaban, vivieron tres ó cuatro años. Don Epifanio ya no reía; por las noches, terribles pesadillas le despertaban llorando.

La preocupación constante de su deshonra llegó á turbar la mentalidad del comerciante, quien, para enmendar lo hecho y de acuerdo con Teresa, resolvió combatir la primera calumnia con una segunda mentira. Cierta noche y en lugar desde el cual se conocía, espiado por varias personas, don Epifanio refirió á su mujer cómo mató á su amante.

—El miserable que me robó la dicha—decía—ya no respira; le he cerrado los labios clavándole un cuchillo en el corazón...

Este secreto difundióse también, sorprendiendo á los que nunca creyeron en la liviandad de Teresa, y ya nadie dudó de que don Epifanio fuese el protagonista de uno de esos crímenes cuyos autores jamás son habidos. La situación moral, por tanto, del esposo había empeorado. Aunque tarde, don Epifanio comprendió que, si bien parecía ven-

gado á los ojos de muchos, la posición de su mujer continuaba siendo tan equívoca y despreciable como antes, pues para las manchas del honor no hay enmienda ni lavado posible. Entonces, quebrantado por aquella horrible lucha de tantos años, el desdichado resolvió morir.

—Afortunadamente—solía decir á Teresa—he ganado lo bastante para que seas dichosa. En cuanto á mí, sólo quiero descansar.

Y ha satisfecho su deseo, disparándose un tiro en el vientre. Se mató por deshonrado quien fué marido de una mujer espejo de virtudes conyugales; y por imaginarios remordimientos de haber asesinado, quien no hubiera sabido aplastar una hormiga con el pie. ¿Dónde podrá ofrecer la vida un sarcasmo mayor?

Jesús Benavente.



LA COCINA Y EL AMOR

Las personas que han amado mucho deben alimentarse sometiéndose á «ciertos» platos... He aquí uno en extremo reparador.

Se colocan en una cacerola con filetes de anchoa y de jamón, cuatro cebollas medianas, una rama de perejil, cebolletas, una hoja pequeña de laurel, albaha ca, dos clavos de especia y doce granos de coriandra. Se les deja cocer á fuego lento en su propio jugo, al que se agregan dos cucharadas de cognac.

Se sirven con todo su jugo... y se recupera de este modo el jugo perdido.

LUNA DE MIEL



Ella.—Ya no me quieres como los primeros días.

Él.—Sí, monina, ¿pero tú crees que á un marido no hay más que darle cuerda?

ENFERMOS DE AMOR

INSERTA una revista alemana de Medicina un bien documentado artículo demostrando cómo el número de enfermos de eroto nanía ó satiriasis aumenta fabulosamente de año en año.

¿Por qué?...

Es difícil precisarlo. Acaso obedezca esto á la relajación ó licencia de las costumbres modernas, ó más bien, y creo es lo probable, á lo inaccesibles que la mayor parte de los placeres, aun aquellos más inocentes y modestos, fson á los limitadísimos recursos del pobre. Y abonan estas dos opiniones el hecho cierto de que la satiriasis se desarrolla principalmente entre los aristócratas libertinos, hastiados de deleites, y los miserables que, no pudiendo suministrarse las honestas alegrías que procuran una representación teatral ó la lectura de un buen libro, consagran al goce carnal todas aquellas energías que, á poder, hubiesen dedicado á otras ocupaciones de más honrada índole. Esto ocurre fatalmente: el hombre es una especie de pila eléctrica ó

de máquina infernal, que necesita echar fuera aquella sobra de vigor que un exceso de trabajo asimilativo acumuló; y esta necesidad le satisface de cualquier modo, ó matando, cuando su mucha vitalidad se traduce en ira (como le ocurría á Benvenuto Cellini), ó arrojándose sobre la primera mujer que, voluntariamente ó no, se ofrezca al zarpazo de sus deseos.

Los "satiros," pululan por todas partes, especialmente por los pueblos y en los alrededores de las grandes ciudades.

El sátiro del bosque Vincennes llegó á violar ocho niñas en un día; las sorprendía en el campo y, luego de atarlas sólidamente, aplacaba sobre ellas sus peores instintos.

En Burdeos, otro sátiro atropelló á una pobre mujer de setenta y dos años, criada de un médico, arrojándola después contra el suelo, arrastrándola por los cabellos y golpeándola hasta dejarla sin conocimiento.

Un individuo, atacado del mismo furor, violaba no ha muchos días en Marsella á una linda joven, hija de un jardinero, colocándol



—Ay, hija, qué afán de enseñar las piernas sin ton ni son...

—Pero mamá, si ahora no pasa nadie.

—Pues por eso.

en la posición que tenía la desgraciada María Bigot cuando recibió la muerte...

Recientemente, un periódico francés ha abierto una curiosa información invitando á las señoras á dar su opinión acerca del concepto que tienen de la satiriasis y de los sátiros. Muchas han respondido; algunas se indignan contra los culpables; pero la mayor parte... (¡oh, arcanos del alma femenina!) aparecen llenas de indulgencia y conmiseración.

Traduciré algunas respuestas:

"El hombre—dice *Liana d'Autran*—, es un animal egoísta, que sólo cuida de su placer. Atropellar á una mujer indefensa, es un crimen para el cual creo que los antiguos in-

quisidores no llegaron á inventar ningún tormento bastante grande.,.

Mlle. *Enriqueña Equis* es más tolerante.

“Como á las violadoras de niños—escribe—, á los sátiros yo les desterraría de nuestra sociedad, enviándoles juntos á poblar algún desierto islote de la Polinesia. Y ¿quién sabe? Quizá esos seres, dotados de una vita-



—Chica, dale coba al viejo, que tíé muchos billetes.

—¡Pa ese me peino yo!

lidad extraordinaria, sirviesen de tronco á una raza fuerte, batalladora y útil á los des-envolvimientos de la civilización futura.,.

La italiana *Susana Bressi* pregunta:

“¿Por qué irritarnos contra los sátiros cuando nosotras somos, realmente, las autoras inconscientes de su delirio? *Inconscientes* dije, y dije mal: nosotras queremos ser deseadas, lo procuramos á todas horas; bus-

camos el peinado que mejor favorece la bonitura de nuestro rostro, escogemos los trajes que más lujuriente relieve den á nuestro cuerpo... y luego nos indignamos ó, mejor dicho, despreciamos al hombre que nos mira friamente. ¿Es, por todo, justo pedir la pena de muerte para aquellos locos que, atropellando todo miramiento, llegaron ó trataron de llegar á nosotras? Además, ¿por qué no decirlo? No hay mujer que no haya querido ser violada alguna vez.,.

Como *Susana Bressi*, opina *Victoria Arts*, *Elena G.*, *Mlle. Cleo...* y otras. ¡Todas defienden á los sátiros, á los “pobres sátiros”, que, por poseerlas, van á presidio! Leyendo sus cartas, he recordado lo que aquella admirable duquesa *Josiane*, de *Víctor Hugo*, le dice á *Gwénplaine*, en *El hombre que ríe*:

“¡Eres horrible y yo soy bella; eres inmundado y yo soy altanera; ven, te adoro!...”

Jacinto Carmin.

SUCEDIDOS

Uno de nuestros autores cómicos más celebrados, que por cierto anda desde hace una temporada preocupado por cierto agravio que le infirieron su amante y un amigo, como podría tener la costumbre de morderse las uñas, tiene la de engañar á las muchachitas aficionadas al teatro que se le acercan solicitando su protección.

Una de sus últimas víctimas ha sido *Petra P.*, que le pidió que la llevase á *Eslava*.

El autor la prometió un papel sugestivo en una de sus obras, y la infeliz, llena de gratitud, le concedió una cita y una cena con postres y todo. Después, ¡adios promesa!

Petra P. fué á contar su desventura á una de sus amigas de confianza.

— Ya ves — le dijo con adorable candidez —, me había ofrecido un papel sugestivo, de los de poca ropa...

A lo que contestó la amiga muy acertadamente:

— ¿Y qué? ¿No lo has hecho ya?

CONSOLAR AL TRISTE

UN teniente de la Guardia civil, que se hospeda en la misma casa en que yo vivo aquí, muchacho él muy dicharacho y muy simpático, me contó el otro día un bonito suceso, en el que tomó parte importantísima su persona; y como estos sucesos, tejidos, complicados y solucionados por el amor, son siempre dignos de conocerse, se lo narraré á ustedes. Además, servirá su divulgación para aportar un nuevo documento al novísimo estudio sobre la mujer en el que todo el mundo masculino está colaborando siglos há.

Hace una semana salió el teniente de servicio; tras de un día de incesante trotar y una noche de profundo sueño, encontré el hombre tan fresco, tan audaz y sediento de aventuras, que casi no se reconoció. Sentía un brusco deseo de gastar sus energías, de emplear en algo su juventud, ora emprendiendo peligrosos viajes, ora acometiendo difíciles aventuras. Su alma se abría como el cáliz de una flor á las brisas fecundas de la mañana. Nueva voluntad germinaba en él.

Bajó al jardín, y á los pocos pasos, vió entre unos árboles, á Geneveva, la hija del rico labrador en cuya casa se había alojado y á la cual rodeaban dos criadas. Geneveva estaba vestida con una falda un tanto corta, quizá estudiadamente corta, y un corpiño escotado que dejaba al descubierto su bonita garganta y sus brazos un poquito morenos, pero suaves y modelados á la perfección. Sus ojos tenían una dulce expresión de sensualidad; la nariz era recta, la boca pequeña y encarnada, la barba voluntariosa, y todo esto, y una arruga precoz que cruzaba sus sienes, denunciaba la existencia de un alma ardiente, audaz, leal y voluptuosa. Las criadas eran también bonitas y apetecibles.

El oficial se detuvo admirado á la vista de tan bello grupo, y seguramente le hubiera durado la admiración toda la mañana, á no haberse presentado ante él el dueño de la casa, con el sombrero en la mano y muy cortés, ofreciéndole un modesto almuerzo en el fresco cenador cubierto de madre selva. El ofrecimiento fué hecho con tal sinceridad, que no hubo más remedio que aceptarlo, y servido por Geneveva, para mayor tormento del espíritu.

Durante media hora larga derrochó el oficial todos sus más finos cumplimientos, asediando á la niña con miradas elocuentes y

suspiros llenos de ternura. Geneveva se puso encarnada y pareció regocijarse de llamar la atención de un hombre guapo; pero cuando el labrador se retiró y los dos jóvenes se hallaron solos, viendo ella que los requiebros arreciaban y que la distancia se iba acortando, sentóse en una silla y enjaretó al oficial el siguiente discurso:

—Mire usted, caballero, yo no soy ya nin-



Ella.—Pero, oye, Efrigenio, ¿es que tienes celos de los que pagan?

Él.—¡Qué voy á tener! Es que se me oxida el hígado de pensar lo que sudarás con este calor...

guna criatura, y por mucho que me entusiasme la bondad de una cosa, no dejo de reflexionar acerca de sus defectos. Tengo diecinueve años y sé muchas cosas, entre ellas, que ustedes los militares gustan de ir enamorando doncellas y olvidándolas después de etapa en etapa. Claro está que debe de haber horas de amor, tan breves como inolvidables, á cambio de las cuales bien vale la pena de llorar luego por el ingrato que nos las proporcionó; pero también esto tiene sus inconvenientes; pues así como el que no probó nunca una fruta agradable, ignora cómo es y vive sin desearla, el que la gustó una vez sola, se aficiona á su dulce frescura, y muchas veces llega á la violencia para calmar su apetito. Esto de la violencia suele ocurrir en nuestro país muy de tarde en tarde. Por con-

siguiente, dispenseme usted que me limite á agradecer la admiración que siente por mí. Hoy, prefiero seguir ignorando hasta qué punto es dulce la fruta del amor. Esperaré á gustarla cuando tenga asegurado un buen plantío que me dé abundante cosecha. Repito á usted que será muy agradable un día de cariño; pero no por eso deja de ser un día sólo... Y como no quiero que me guarde usted ningún rencor, y para que vea que este

pidiera desde hace tiempo aquella expansión, le ofreció su boca roja y cálida como una fresa silvestre.

Por la tarde, al disponerse á partir el oficial, saludó Genoveva con esta pregunta:

—¿Recibió usted mi recuerdo?

—Sí.

—¿Y qué le pareció?

—Lo que un buen vaso de agua después de varias horas de sed.

—Desde luego me figuré que le haría ese efecto.

—Ya veo, hija mía, que tiene usted un corazón generoso. ¡Lástima que le guste hacer limosnas con la bolsa ajena!

Fernando Amado

San Sebastián, 8 Septiembre.

Carta abierta

Señora Doña Tomasa:

Ya que ha hecho usted que le escriba,

no rompe usted mi misiva

porque, si esto es guasa viva,

yo no sé lo que no es guasa.

Bien á las claras se advierte

que es hartito aclaga mi suerte,

pues que tengo por vecinas

á sus dos bellas sobrinas

que van á darme la muerte.

Sí, señora, acabarán

por mandarme al otro mundo

si no cesan en su afán

de provocarme un inmundito

apetito de Satán.

Casi casi á la intemperie

á probar prendas se ponen

y aunque de lindas blasonen...

¡vamos, que he visto una serie

de formas que descomponen!

Yo soy muy juicioso y creo

que provocar un deseo

que ya raya en la pasión,

está, señora, muy feo

en niñas de posición.

Máxime si se asegura

que uno estudia para cura

no con vocación, ¡con fel!

digame usted, ¿no es locura

hacer eso? Diga usted.

No lo tome usted á guasa,

señora doña Tomasa;

pues, si se quieren probar,

que se pasen por mi casa

y me dejen descansar.

Se probarán con anchura

en un cuarto junto al mío,

y allí, sin aire y sin frío...

veré por la cerradura

mucho mejor.

Suyo, Pío.

Por la copia,

Damián Buendía.



—Bueno... Con tal de que no abuse...

—Hijita, ¡gracias que use!

modo de pensar no excluye á la compasión, yo le prometo un recuerdo mío.

Y enviándole con los dedos un beso, dió un salto y desapareció.

Poco después entraba en el cenador una de las criadas de la incomparable niña. Su vestido, entreabierto hasta bastante más abajo de la garganta, mostraba el nacimiento de un pecho apetitoso, con la belleza lozana del fruto madurado por el sol. Acercóse á ella el oficial, sonrióle entre maliciosa é ingenua, y sin resistirse, como si el alma le

“LA PARIENTA,” DE BRAZOFUERTE

LA placidez y tranquilidad de la playa de Borriquera ha sido turbada este año por la brusca llegada de una pareja, compuesta de un padre y una hija, según afirmó el primer día un periodista de la localidad, y completamente desconocida en aquellos pajes.

En realidad, nadie supo, durante muchos



El ciego.—Dios se lo aumente, caballero.

El pollo.—Gracias, con la que tengo es bastante.

días, el estado civil de tales personajes, ni su posición social, ni casi cómo se llamaban. En el libro de la fonda, donde se hospedaban, aparecía esta única línea: “Conde del Brazofuerte y familia,”; mas la notoria diferencia de edad que se advertía entre los dos viajeros, la talla respetable del viejo, el aire candoroso de la joven, el austero modo de tratarse el

uno al otro, la solicitud del primero, la modestia y ternura de la segunda, el *tú* usado de él á ella con la autoridad del superior en edad, saber y gobierno, y el repetido de ella á él con la docilidad del que tiene la obligación de la obediencia, todos estos y otros varios detalles, largos de enumerar, hicieron que todas las opiniones se inclinasen á suponer que se trataba de un padre y una hija, cosa que el periodista antes citado no vaciló en dar por cierto en la sección que *El Eco Borriquerense* dedica al alta y baja de los forasteros.

Hasta aquí la aparición de esta pareja misteriosa no había hecho más que producir una rabiosa curiosidad. El escándalo estalló á los tres días, á la hora del baño.

Figúrense ustedes que la intrusa, la al parecer hija del conde del Brazofuerte, apareció en la playa en un traje que el arcópaigo de honradas madres de familia allí constituido no dudó en calificar de indecente. Seguíala el conde, también en traje de baño, pero completamente honesto. Antes de entrar en el agua, despojóse la joven del peinador que la cubría, y sus formas admirables aparecieron en todo su esplendor. Añadan ustedes á esto que nadaba como el mejor marino y que tuvo la mala ocurrencia de mezclarse en el grupo que formaban las más pudorosas vírgenes de Borriquera, y convendrán conmigo en que el escándalo y la indignación debieron ser enormes.

Por la tarde se repitió la escena en el casino. Mientras que el padre fumaba tranquilamente su pipa en la terraza, sin hablar con nadie, su deliciosa hija se entregaba al más agradable de los flirteos con la juventud masculina que se hallaba congregada en los vastos salones, entreverando las conversaciones con valsos voluptuosos y habaneras completamente inmorales.

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

EL NAUFRAGO
por Felipe Trigo

20 CÉNTIMOS

Y no era esto lo más triste, sino que las pobres doncellas borriquerenses se vieron abandonadas de todos sus amiguitos y tuvieron que resignarse á bailar unas con otras, como en el convento.

La desolación era general. Una porción de familias respetables que se habían impuesto los más grandes sacrificios para procurar á sus hijas un veraneo higiénico, tranquilo y á cubierto de toda clase de espectáculos inmorales, esperando de paso encontrar un buen esposo, murmuraban en un rincón, y se desataban en denuestos contra aquella señorita impúdica y á todas luces perjudicial para la recatada colonia veraniega.

Estas escenas, ora de flirteo, ora de natación casi al desnudo, siguieron repitiéndose diariamente, y con ello, como es natural, la indignación fué en aumento y se llegó al instante terrible de tener que adoptar una determinación más ó menos heroica.

Uno de los más correctos padres de la colonia, antiguo militar retirado, se propuso desenmascarar á tan procaz mujer. Todo Borriquera admiró su heroísmo, y en un momento, aseguro á ustedes que en un momento, recibió más de veinte ofertas de apoyo sin condiciones; apoyo moral, se entiende.

El noble señor dió las gracias á sus desinteresados admiradores, y aquella misma tarde fué en busca del conde de Brazofuerte, á quien halló en la terraza del Casino fumando, como siempre, su pipa, y mostrándole con el dedo á su hija, rodeada de un emjambre de adoradores, empezó así:

—Señor conde, tengo el sentimiento de informar á usted de que esa señorita... es demasiado hermosa, vamos. Quiero decir que su belleza es un peligro constante para la honestidad y tranquilidad de la colonia en cuyo nombre vengo á hablar á usted. Esa señorita trae revuelto á todo Borriquera con sus encantos, y, la verdad, el espanto que esa revolución produce en los espíritus rectos, es muy natural. No sé si usted se habrá fijado, pero es el caso que apenas entra en la mar á la hora del baño, todos los jóvenes la rodean; éste la sonríe, aquél la ofrece una mano, el de más allá la contempla embebecido... y luego, ella, no se cuida mucho de velar sus desnudeces.

El conde sonrió y dijo á su vez:

—Señor mío, agradezco mucho sus leales advertencias; pero debo advertir á usted que, lejos de disgustarme, me produce un legítimo orgullo. Sí, señor; estoy orgulloso de que esa joven cause semejante entusiasmo.

—Esas palabras en boca de un padre...

—Debo advertir á usted que no soy su padre... Soy su esposo.

Y el conde de Brazofuerte, con suma dignidad, volvió á encender su pipa que se había apagado en el curso de la conversación.

Luis de Ossa.

**NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
APARTADO 547**

DEPARTAMENTO SUP. DE EL LIBERAL

¡Prodigioso!

ALEXGO

¡Maravilloso!